

AMÉRICA LATINA: MÁS ALLÁ DE LA AUTONOMÍA PERIFÉRICA

GERHARD DREKONJA-KONART

A COMIENZOS DE LOS AÑOS SETENTA CIRCULÓ en Occidente el libro del disidente soviético Andrej Amalrik titulado *¿Puede sobrevivir la Unión Soviética al año 1984?*¹ La respuesta fue un rotundo no. Sin embargo, la Unión Soviética aún existía en ese año, pero no lo iba a hacer por mucho tiempo. Su derrumbe tuvo lugar en 1989, con lo cual terminó la guerra fría, en beneficio de Estados Unidos. Curiosamente, en ese mismo año se dio fin al modelo del Estado interventor (en Latinoamérica), basado en su fase final en los mandatos cepalianos, con su fórmula de industrialización por sustitución de importaciones, dominante de 1930 a 1990. Con ello empezó a vislumbrarse la restructuración neoliberal de las sociedades latinoamericanas.

Ambos acontecimientos, es decir, el colapso de la Unión Soviética con el consiguiente fin de la guerra fría, y el naufragio de una estrategia latinoamericana de desarrollo, plantean nuevamente la pregunta sobre el valor estratégico-utilitario de América Latina en el sistema internacional. Su respuesta es apremiante porque el concepto de “autonomía periférica”, referente a la política exterior de los años sesenta y setenta, aparentemente exitoso en aquel entonces, se hizo pedazos como resultado de la nueva situación. Latinoamérica, región que se ha vuelto a acercar mucho a Estados Unidos en años recientes, necesita elaborar una nueva fórmula general que oriente su política internacio-

¹ Andrej Amalrik, *Can the Soviet Union Survive 1984?*, publicado por primera vez en 1970 en Amsterdam.

nal. Interrogarse sobre el "valor" del continente latinoamericano (que precisamente aspira a ser algo más que un subsistema regional) podría ser de gran utilidad en este sentido.²

Esta interrogante, formulada por el autor en su condición de intelectual de Europa central, se suma al debate sobre la ecología. El debate ecológico actualiza la cuestión del valor estratégico de América Latina. Si se excluye el tema de la droga, la región ha ocupado los grandes titulares de los diarios en los últimos años, con la selva amazónica como punto central. Precisamente los grupos alternativos de los estados industrializados de Europa se han ocupado mucho de la cuestión relativa a la conservación de los bosques tropicales y han exigido, en especial, la protección de la Amazonia cuya selva pluvial, por razón de incentivos fiscales específicos, ha ido destruyéndose con quemas (para ganancias a corto plazo de determinadas firmas) arbitrarias.

Como se comprobará con gran desconcierto, desde la perspectiva europea, las peticiones acerca de la conservación de la selva formuladas por sensatos ecologistas, etnólogos y científicos, chocaron contra una absoluta falta de comprensión por parte de la élite político-militar de Brasil y Latinoamérica en general. A lo largo de varias décadas se predicaba que, para poder desarrollarse, el continente latinoamericano tendría que explotar y emplear todas sus reservas, y ahora se chocaría con la verdadera "frontera", contra el último desafío colonizador de la desocupada región del Amazonas, cuyas riquezas existentes en la superficie y en el subsuelo podrían utilizarse.

El pensamiento modernizador de Brasil, de fuerte cuño geopolítico, no puede imaginarse que se le abra paso a una política de desarrollo sin la utilización de la cuenca del Amazonas. Y exactamente cuando la situación se presenta, vienen los científicos y ecologistas de los países industriales y piden moderación en las políticas de desarrollo.

En América Latina, cuyos intelectuales desconfían con razón de Europa, surgió la sospecha del "imperialismo ecológico": como las sociedades industriales del norte destruyeron en gran medida su hábitat natural durante su propia modernización, los estados del Tercer Mundo tienen que renunciar ahora a su propia industrialización para proteger, mediante selvas vírgenes intactas, los últimos "pulmones verdes"

² Esa pregunta fue formulada en décadas pasadas por la geopolítica y luego en estudios estratégicos. El autor trabaja en una tesis propia para probar que los abastecimientos de Latinoamérica a los países industriales, desde más o menos 1850 hasta 1950, fueron decisivos para las etapas de la revolución industrial basadas en el motor de combustión, electricidad, química y acero.

de la Tierra. Naturalmente, tras esta forma de argumentar se esconde un populismo excesivo. El tema de la ecología debe ser tomado en serio, también en Latinoamérica, donde en las grandes ciudades se derrumba la calidad de vida. Pero naturalmente a las sociedades latinoamericanas les da mucho que pensar el hecho de que en los últimos años se les haya recomendado renunciar a ciertas cosas o se les hayan impuesto prohibiciones: primero fue el más moderno sistema de armas, luego la tecnología nuclear, después las hojas de coca –materia prima de buena venta para la producción de drogas–, y ahora viene la cuestión ecológica. Este malestar intelectual debería dar motivo a la reflexión en los países del norte, donde con mucha frecuencia las visiones de Rousseau sobre el “buen salvaje” convirtieron a América Latina en un cliché positivo, que a su vez determinó la política a seguir. Naturalmente es de desear que la selva del Amazonas permanezca intacta, pues la subsistencia de este enorme “pulmón verde” le daría al Norte la oportunidad de continuar con sus actuales procesos de producción durante muchos años más, sin tener que efectuar ajustes radicales; además, los argumentos ecológicos se encargarían de que el mundo industrializado recibiera en abono, gratuitamente, las existencias de la selva virgen. Entonces, no hay que asombrarse de que el Tercer Mundo abrigue sospechas respecto de un imperialismo ecológico.

Si América Latina no quiere ser ningún paraíso terrenal, ninguna jungla paradisiaca con serpientes emplumadas e insinuantes amazonas, como lo sueñan los europeos, sino que reclama un puesto entre las regiones desarrolladas del mundo y aspira participar en la competencia por la tecnología, el mercado y el poder, debe ventilarse la cuestión referente al valor estratégico del subcontinente. Por ahora se ha definido lo que no quiere ser Latinoamérica: por ejemplo, un nicho ecológico que renuncie parcialmente al desarrollo para garantizar a los estados industrializados la continuación, sin estorbos, de su industrialización devoradora de recursos.

Otra opción, orientada hacia lo geoestratégico, de la que la región pudo alimentarse durante décadas, se ha desmoronado en años recientes: ser socio de la alianza anticomunista durante la guerra fría, al lado de Estados Unidos, para enfrentarse a la Unión Soviética y, así, poner a los países latinoamericanos a disposición de aquel país. A la élite político-militar de Latinoamérica esta posición le representó algunos dividendos desde finales de los años cuarenta, por lo menos le facilitó algún financiamiento de emergencia por parte de Washington. En su condición de “patio trasero” de Estados Unidos, estratégicamente valiosa, geopolíticamente sensible y productiva en cuanto a

la cantidad de reservas que albergaba, Latinoamérica tuvo una gran importancia. Por eso Washington se dedicó a pagar en divisas y, como beneficio adicional, dio apoyo a una forma de política industrial imitativa que caracteriza a Latinoamérica desde la segunda guerra mundial. Sin embargo, hoy el subcontinente, con su industrialización atrasada, se halla en una crisis al mismo tiempo que el súbito final de la guerra fría hizo que perdiera su valor específicamente estratégico (al cual se le atribuía mucha importancia, especialmente por parte de Estados Unidos).

¿Cuál es entonces el verdadero valor de América Latina? El problema del subcontinente tiene que ver con el hecho de que esta pregunta haya sido respondida, durante casi toda su historia, desde afuera. La conquista española fue rentable porque el nuevo mundo enviaba metales preciosos (oro y plata) a las metrópolis. Así se podía superar la escasez de capital existente en la Europa del capitalismo incipiente y financiar las guerras intrazonales. En una segunda etapa, América Latina fue importante como proveedor de colorantes, maderas y productos medicinales, agrícolas y comestibles (de estos últimos, el maíz y la papa, por ejemplo, constituyeron la alimentación básica de una gran masa de población, resultante de la explosión demográfica acaecida después de 1700). Las plantaciones, explotadas gracias al trabajo de esclavos africanos, producían azúcar, cacao, café, especias y otros productos agrícolas, cuyo cultivo y venta enriquecieron a Europa. Desde esta perspectiva, la importancia de la región ascendió en forma vertical y siguió siendo grande después de la independencia, dado que la soberanía formal de los estados latinoamericanos después de 1825 no puso fin a ese tipo de transferencia, sino que la amplió con productos adicionales.

El valor del continente latinoamericano, en ese campo, descendió nuevamente tan pronto como Europa, el receptor final de las transferencias, logró un adelanto científico-técnico: la remolacha azucarera independizó a la Europa continental del azúcar de caña caribeño; gracias a las semillas y frutas llevadas desde América, el viejo continente aprendió a organizar su autoabastecimiento, proceso que culminaría en el régimen agrario de la Comunidad Europea, que mantiene fuera la oferta agrícola de Latinoamérica o la reduce a cuotas.

Las investigaciones biogenéticas que privan a los países latinoamericanos de materias primas originales perfeccionan este proceso. Y en relación con el café, el plátano y otras frutas tropicales, que Europa no logra producir en cultivos propios, no existe ningún poder negociador.

En el ámbito de la producción agrícola, América Latina ha perdido su valor progresivamente. Las lamentaciones periódicas de los latinoamericanos ante las restricciones agrícolas dictadas desde Bruselas no pueden ocultar esta realidad. El caso del plátano lo confirma.

Sin embargo, Latinoamérica tuvo suerte una vez más. Las reservas minerales y la energía (en forma de hidrocarburos) se convirtieron en valiosos sustitutos a finales del siglo XIX y comienzos y mediados del XX; la importancia del continente ascendió cada vez con mayor rapidez: guano, salitre, caucho, cobre, estaño, zinc, petróleo, bauxita, minerales de hierro, metales raros y otros, configuraron los ejes de abastecimiento del proceso de industrialización global, primero en Europa y después en Estados Unidos y Japón.

A decir verdad, los adelantos científicos en los países del norte hicieron que ciertos productos latinoamericanos fueran perdiendo importancia de nuevo (véase los casos históricos del guano, del salitre o del caucho); sin embargo, aparte de los periodos coyunturales, el surgimiento de nuevas demandas mantuvo en alto la importancia de la región durante un considerable lapso. Las revoluciones industriales de Europa no hubieran podido progresar sin el abastecimiento latinoamericano, hecho en la forma conocida. En combinación con los Estados Unidos, durante la Guerra Fría, entre 1947 y 1989, la región utilizó esta situación adicionalmente para aplicar la fórmula cepaliana de la industrialización por sustitución de importaciones, que hasta hace muy poco tiempo caracterizó los estados latinoamericanos.

En los años cincuenta y sesenta parecía que las cosas le habían resultado bien a América Latina, que ya había aprendido a manejar y aprovechar su valor estratégico. En aquellas décadas se produjeron las históricas tasas de crecimiento y la impresionante modernización de la infraestructura, que en ese entonces convirtieron al subcontinente en la región de la esperanza para el Tercer Mundo. Antes de que brillara la estrella de los países pertenecientes al Asia suroriental en el umbral del desarrollo, estados latinoamericanos como México, Brasil, Venezuela y Argentina eclipsaban todos los puntos de referencia en materia de política de desarrollo. En la cúspide de esta coyuntura latinoamericana, en 1968, México fue el primer país del Tercer Mundo que pudo organizar los juegos olímpicos.

A partir de la crisis petrolera de 1973, la cual alteró las relaciones básicas internacionales en forma permanente, también a América Latina, se le presentaron obstáculos (especialmente en cuanto a la modernización de la industria) en cuanto al proceso de desarrollo efectuado hasta ese momento. Por muchas razones la región no pudo superar la

crisis en forma creativa, y dar así un nuevo impulso a su autonomía, y terminó refugiándose en una financiación externa que se le ofrecía solícitamente. Ésta ocultó por algún tiempo la fragilidad estructural de la región, hasta que en el verano de 1982 se hizo visible el callejón sin salida creado por dicha deuda.

Mientras que los países en el umbral del desarrollo del sudeste asiático sobrepasaban a Latinoamérica y tomaban parte en la competencia entre las economías nacionales, la región permanecía inactiva, continuaba canalizando las utilidades producidas por la exportación de materias primas minerales hacia técnicas de industrialización que recordaban la obsoleta etapa de la revolución industrial, y sus productos tenían poca competitividad internacional.

A la mala suerte de esta "década perdida" se sumó el hecho de que todos los bienes históricos de exportación pertenecientes al sector de materias primas minerales (exceptuando el petróleo y los metales raros) perdieron su valor estratégico por causa de los cambios tecnológicos propiciados por los descubrimientos que tuvieron lugar a partir de los años cincuenta. El cobre y el estaño, por ejemplo, no fueron privados por completo de su valor en el mercado, pero ya no ofrecían ventajas estratégicas.

En cuanto a las condiciones básicas coyunturales para el desarrollo de América Latina, ocurrió un fenómeno dramático: mientras que durante la posguerra la economía internacional pasó por una etapa "anormal" de prosperidad, por así decirlo, un mundo de juego suma cero positivo, con posibilidades de ganancias para todos, actualmente impera la dura "normalidad" de un mundo de juego suma cero negativo, en el cual para algunos el "desarrollo" es imaginable sólo en un proceso largo y penoso. Las economías nacionales del Tercer Mundo que lograron éxito, Taiwán, Corea del Sur y Singapur, entre otras, consiguieron dar ese salto sólo por tener sociedades altamente disciplinadas y homogéneas, en este caso con el sello del confucianismo. La sociedad católica de América Latina no tenía disciplina, homogeneidad, ni rendimiento en cantidades considerables. Por lo tanto, se quedó rezagada y tiene que ser considerada, por ahora, como una de las perdedoras de la economía mundial (por lo menos durante los años ochenta, aunque en los noventa se pudieron observar nuevos alicientes y mentalidades ¿evangélicas?).

No es casual que precisamente ahora, ante esa situación, surja el deseo del Norte de que se renuncie al desarrollo (así debe ser entendido el imperativo ecológico formulado para las selvas pluviales de la región): una América Latina periférica puede hacerse globalmente

útil –según la perspectiva del Norte– si continúa en forma muy moderada con su propia modernización, sin tocar las selvas pluviales, cuidando los nichos ecológicos (en los que los ciudadanos del Norte pasan vacaciones llenas de aventuras) y convirtiendo su marginalidad en una especie de inocencia “rousseauniana”. Así Latinoamérica tendría nuevamente “valor”.

Además, se ha comprobado que desde el punto de vista biogénético las selvas y sabanas vírgenes recompensan el esfuerzo: la celebración de un contrato modelo del consorcio farmacéutico norteamericano Merck con Costa Rica, según el cual se permite estudiar la flora tropical costarricense a cambio de un pago global en divisas, insinúa desde ya la importancia futura de estas reservas. Formulémoslo de manera resumida: Latinoamérica ha cumplido su etapa como proveedor de productos alimenticios y reservas minerales. La última (¿definitiva?) exigencia a la región por parte del Norte es una especie de renuncia al desarrollo, que se dejen las selvas vírgenes intactas, para que los países de la OECD puedan continuar con su industrialización. No es de extrañar –la Conferencia sobre Medio Ambiente de Río de Janeiro de 1992 dio indicios de esto– que en todo el Tercer Mundo muchos protesten airadamente a pesar de que los problemas ecológicos son absolutamente reales y representen el verdadero límite de la industrialización. Entre tanto, la pregunta es, desde el punto de vista de la política externa latinoamericana, si es posible una nueva estrategia de negociación.

Pedro Gómez Valderrama,³ diplomático y escritor colombiano, ha utilizado de manera especial el cliché –en el buen sentido de la palabra– existente en Latinoamérica respecto a Europa, que determinó una y otra vez la perspectiva de la política exterior de la región. El héroe de la novela, Geo von Lengerke, un alemán procedente de Bremen, aparece en la ciudad colombiana de Bucaramanga, después del fracaso de la revolución de 1848 en Europa central. Geo es alto, atractivo, fuerte; tiene éxito en el comercio del tabaco y la quina, doma cocodrilos y hace que le interpreten música en un piano que ha sido transportado aguas arriba por la corriente del río Magdalena; tiene amores con muchas mujeres colombianas, construye piedra por piedra un palacio principesco en el centro de una propiedad que crece rápidamente y, lo más importante: hace construir a través de la montaña sel-

³ Pedro Gómez Valderrama, *La otra raya del tigre*, México, Siglo XXI, 1977.

vática, considerada como inaccesible, una carretera que conduce al río Magdalena. Todos los otros personajes, que son originarios del país, están allí sólo para darle mayor perfil a la figura central, el europeo.

No debe sorprender que, como consecuencia de semejantes estereotipos, la concepción latinoamericana sobre política exterior espere orientaciones de Europa para poder generar sus propia capacidad de autonomía. Este tema jugó un importante papel durante los 170 años de soberanía formal de América Latina durante el siglo XIX y el XX. Esta corriente político-intelectual adquirió especial vigor bajo las especiales condiciones del sistema internacional después de la segunda guerra mundial, y llegó a su punto culminante en los años setenta cuando América Latina parecía ascender a la "clase media" del Tercer Mundo.⁴

América Latina conquistó en gran parte su "autonomía periférica",⁵ en el sentido de una considerable capacidad de negociación y actuación en el sistema internacional, siempre bajo condiciones y dentro de los límites de tolerancia impuestos por Estados Unidos; mientras la "autonomía secesionista" —la alianza de un país latinoamericano con la Unión Soviética— quedó negada a otros excepto a Cuba.⁶

Pero en 1982 estalló en forma imprevista la crisis de la deuda y todo el ideario de la autonomía periférica quedó convertido en un montón de escombros. Como resultado de ello, perdió su lógica la activa gestión de los latinoamericanos para establecer "relaciones diagonales" con Europa. La crisis de la deuda obligó a abandonar en el curso de la década de los ochenta el nacionalismo económico, de tradición cepaliana. En su lugar apareció el neoliberalismo que obligó a Latinoamérica a liquidar varias décadas de estrategia orientada por el estado y le asignó a la región el papel de proveedor digno de confianza y socio menor de Estados Unidos. En este sentido se justifica la afirma-

⁴ Véase, por ejemplo, Francisco Orrego (ed.), *América Latina: ¿clase media de las naciones?*, Santiago de Chile, 1979.

⁵ Véase Gerhard Drekonja y Juan G. Tokatlian (eds.), *Teoría y práctica de la política exterior latinoamericana*, Bogotá, Cerec-Cei-Universidad de los Andes, 1983.

⁶ Dentro de este debate surgió la idea de comparar los "subsistemas" de América Latina con Estados Unidos y a Europa oriental con la Unión Soviética: Cuba en América Latina corresponde a Yugoslavia o a Albania dentro del esquema de la Unión Soviética. Véase Jan F. Triska (ed.), *Dominant Powers and Subordinate States. The United States in Latin America and the Soviet Union in Eastern Europe*, Durham, Duke University Press, 1986.

ción de un “nuevo descubrimiento de América Latina” por parte de Estados Unidos.⁷

Un adicional cambio cualitativo apareció con la glasnost y la perestroika a finales de los años ochenta. En el campo de la política exterior estos fenómenos condujeron a una “nueva forma de pensamiento”⁸ que puso fin, unilateralmente, a la competencia ideológico-militar por el Tercer Mundo; a esto se agregó la nueva reglamentación de las relaciones de Rusia con los estados asociados de Europa oriental, con lo cual la “Doctrina Brezhnev” pudo ser declarada obsoleta en el otoño de 1989, y la guerra fría terminó.

¿Qué innovaciones y consecuencias representaron estos cambios mundiales para la política exterior de América Latina? En el momento en que la Unión Soviética abandonó la lucha por espacios abiertos en el Tercer Mundo (especialmente en África, pero también en América Latina), Washington pudo declararse ganador de la Guerra Fría. Ante la nueva situación, la política exterior de América Latina tuvo que contemplar lo siguiente:

a) La autonomía periférica ya no tenía ningún significado, hecho reforzado por los 450 000 000 000 de dólares de deuda externa, que ampliaron los efectos negativos globales para la región. La autonomía secesionista se evaporó por completo, dado que si un país se rebelaba contra Estados Unidos ya no podía apelar a la Unión Soviética. Con esto, las posibilidades revolucionarias de América Latina se desvanecieron. Recuérdese el destino de los sandinistas en Nicaragua. La continuación de la guerrilla en El Salvador, fuera de los límites de la guerra fría, tampoco tenía ninguna lógica: los acuerdos de paz negociados por las Naciones Unidas en 1992 nacen de esta opinión. La revolución cubana quedó definitivamente aislada.

⁷ Abraham F. Lowenthal, “Rediscovering Latin America”, *Foreign Affairs*, núm. 69, 1990.

⁸ Hasta 1989 tuvo vigencia la premisa: “Competition between the United States and the Soviet Union in the Third World is Inevitable and Endemic.” Véase, por ejemplo, Roy Allison y Phil Williams (eds.), *Superpower and Crisis Prevention in the Third World*, Cambridge University Press, 1989. La “nueva forma de pensamiento” de la política exterior de Moscú rompió con esta premisa: “This conclusion has also been incorporated into the context of the new political thinking as a part of understanding that unilateral forays into the developing world never pay but always bring more troubles to both the interventors and the government which are supported by the interventionist force.” Declaración del entonces consejero de Gorbachov, Victor A. Kremenyuk, pronunciada durante una conferencia en Viena, en mayo de 1989, y publicada en el *Global Economic Policy. Journal of the Geoeconomics Institute in Middleburg, Vermont*, 1990.

b) A comienzos de los años noventa se tuvo que renunciar voluntariamente a la política externa latinoamericana de los años sesenta y setenta, con sus contenidos (ideológicos) sobre tercermundismo, orientada hacia una mejor acción. El expresidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez, el fogoso nacionalista de los años setenta, se distanció durante su segunda presidencia de la OPEP y en 1990 abrazó en Caracas al presidente George Bush. En cambio, a finales de los años cincuenta, en uno de los momentos culminantes de las corrientes revolucionarias de Latinoamérica, Nixon, entonces vicepresidente de Estados Unidos, estuvo a punto de ser linchado en Caracas durante una visita. México entierra su tradición revolucionaria en favor del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLCN). En 1991, Argentina se retiró, con gran ostentación, del Grupo de los No Alineados, con lo cual el presidente Menem –formalmente peronista– destruyó su propia tradición nacionalista. ¡La autonomía periférica había resultado muy costosa! En un análisis despiadado, Carlos Escudé diagnosticó “la patología del nacionalismo latinoamericano”.⁹

c) Latinoamérica perdió su importancia estratégica con el final de la guerra fría. Las materias primas y las reservas minerales ya no tienen mucho valor. La oferta de productos alimenticios de la región es innecesaria. Ante esta situación, los países latinoamericanos tienen que prepararse para sostener unas relaciones cercanas, radicalmente nuevas, con la “estrella polar”, metáfora usada para referirse a Estados Unidos.¹⁰ A cambio de la burocracia estatal cepaliana, imperan ahora la apertura del mercado, el liberalismo, la desregulación, la reducción de los empleos públicos, etc. Conexiones económicas, con miras a una zona de libre comercio de toda América, se hacen plausibles.

d) Una vez terminada la guerra fría deja de existir para Washington la imagen de enemigo del “comunismo”. Un nuevo “enemigo” debe sustituirlo. Y éste fue hallado en el campo de la droga. Con ello, gran parte de la política exterior latinoamericana se reduce actualmente a participar en la lucha cuasimilitar, comandada por Estados

⁹ La tabla rasa de la política exterior argentina se encuentra en la obra de Carlos Escudé, “La política exterior de Menem y su sustento teórico implícito”, *América Latina*, vol. 2, núm. 27, Buenos Aires, Flacso, enero-marzo de 1991.

¹⁰ Después de la pérdida de Panamá, Colombia tuvo que dar un vuelco a su política exterior y llegar a un acuerdo con Estados Unidos (que había apoyado la independencia de Panamá). El presidente Marco Fidel Suárez (1918-1922) hizo entonces popular la elegante expresión *respice polum*, levantar la mirada hacia la estrella del Norte.

Unidos, contra el cultivo y el comercio de drogas. Un caso especialmente ilustrativo es Colombia,¹¹ cuya apertura al tercermundismo en la primera parte de los años ochenta fue remplazada por una política exterior determinada por el tipo de cooperación que preste a Estados Unidos en la lucha contra la droga y por los pros y contras de los acuerdos sobre extradición con Washington. Parece que Estados Unidos, en el marco de esta estrategia antidrogas, puede llegar a recuperar gran parte de la hegemonía perdida por causa de la autonomía periférica de los años sesenta y setenta. Acciones penales como aquella contra el general Noriega en Panamá –la primera intervención de Estados Unidos en América Latina después del fin del modelo acción-reacción de la guerra fría– pueden ejecutarse sin problema e insinúan la forma de “nuevo orden mundial” que se practicó contra Irak, a escala mundial, en 1991. Haití en 1994 ofrece una variante.

e) Para Europa la “carta latinoamericana” ya no tiene mayor valor. En la “Casa de Europa”, que deberá levantarse en los años noventa, ya no hay mayor interés por la región latinoamericana, ni mucha energía para fomentarlo. Una colaboración estratégico-política, que incluya riesgos, como quiso intentarse en Centroamérica en la década de los años ochenta, no tiene futuro. En opinión de los europeos, Latinoamérica se limitará como socio menor, a recibir formas convencionales de cooperación en materia de política comercial, ayuda tecnológica, política de desarrollo, ayuda para la protección del medio ambiente y para refugiados, entre otras.

Precisamente en relación con el último punto, la situación actual de América Latina, cuyas contradicciones llaman poderosamente la atención, nos hace recordar la novela sobre el “buen salvaje”¹² de Eduardo Caballero Calderón: el novelista colombiano envía a su héroe lleno de fervientes propósitos a París para que allí logre realizarlos. Pero, tan pronto como se le termina el dinero y descuida sus estudios, París –la metáfora para Europa– desampara en forma despiadada al joven latinoamericano. Como último gesto de misericordia burocrática, lo único que le queda al derrotado héroe es ser enviado de regreso a América

¹¹ Véase Gerhard Drekonja-Kornat, *Retos de la política exterior colombiana*, Bogotá, Cerec, 1983; Rodrigo Pardo y Juan G. Tokatlian, *Política exterior colombiana. ¿De la subordinación a la autonomía?*, Bogotá, Tercer Mundo Editores/Universidad de los Andes, 1988; Marthe Ardila, *¿Cambio de norte? Momentos críticos de la política exterior colombiana*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales/Tercer Mundo Editores, 1991.

¹² Eduardo Caballero Calderón, *El buen salvaje*, Premio Nadal 1965.

Latina. Ya en el avión que lo trae de vuelta, reflexiona sobre el precio de su vivencia en Europa y comprueba un profundo vacío interior. ¿No tendría que despertarse verdaderamente el interés del héroe por Estados Unidos, ahora, después de semejante trato? El novelista Caballero Calderón deja abierta la interrogante. Pero la realidad conduce a la siguiente conclusión lógica: como consecuencia de la “década perdida” de los años ochenta, entre otros factores, América Latina se acerca más y más a Estados Unidos en la actualidad.

Por otra parte, América Latina no ha perdido todas sus cartas de juego. Para Estados Unidos siguen siendo importantes las reservas energéticas, minerales y vegetales de clima tropical. Incluso la hegemonía, que Estados Unidos aparentemente está recuperando, no es la misma de la época del *big-stick*.

El gobierno de Washington, económicamente inseguro, tiene que adoptar una nueva forma de comportamiento frente a Latinoamérica. Si bien es cierto que la Doctrina Monroe no ha sido declarada inválida¹³ en forma análoga a la Doctrina Brezhnev de la Unión Soviética, es verdad también que el histórico mecanismo de intervención utilizado hasta ahora ya no sirve, porque, como consecuencia de su deuda en dólares, su desintegración económica y social, la emigración ilegal del sur hacia el norte y una amenazante dificultad general para gobernar, América Latina dispone de un “contrapoder” que Washington debe tener en cuenta. La metáfora del expresidente de Estados Unidos George Bush, “La Iniciativa para las Américas”, se refiere a esto. América del Sur y del Norte han entrado a la época de la “interdependencia turbulenta”, lo que contribuirá a determinar la posición del gobierno del presidente Bill Clinton frente a los países de la región.

Esta situación representa para Latinoamérica nuevos riesgos, pero también da lugar a nuevos desafíos, ya que la pregunta acerca del “valor” del subcontinente debe contestarse de un modo radical. La discusión sobre la autonomía periférica pertenece al pasado, los sueños de gran potencia se desvanecieron, la exportación de recursos minerales ya no tiene significación, la oferta de productos alimentarios representa en el Norte industrializado sólo un lujo y las viejas definiciones surgidas del debate geopolítico provocan, a los sumo, nostalgia. Como lo formulara el autor clásico Karl Haushofer, quien después de la pri-

¹³ Por lo menos parecen ser “los últimos años” de la Doctrina Monroe. Véase Giddis Smith, *The Last Years of the Monroe Doctrine, 1945-1993*, Nueva York, Hill and Wang, 1994.

mera guerra mundial previno a Europa del peligro de perder a Latinoamérica a manos de América del Norte:

América Latina se parece a una mujer bonita, quien, absolutamente consciente de sus prendas femeninas y de su especial valor, al comienzo se muestra reservada e inaccesible para el pretendiente del Norte, pero tan pronto como éste quiere salir de su rincón para irse por el gran mundo, le abre los brazos y contrae matrimonio con él, por conveniencia, con separación espiritual de bienes.¹⁴

“La Iniciativa para las Américas” de George Bush formuló algo similar, adaptada por supuesto a la época actual. El futuro de Latinoamérica, también durante la presidencia de Clinton, sólo puede imaginarse básicamente al lado de Estados Unidos y del TLCN. Pero, desde luego, bajo las condiciones de una “latinización” de Estados Unidos, con lo cual comenzaría un capítulo completamente nuevo.

Frente al TLCN, la verdadera línea de defensa latinoamericana ya no es la “autonomía periférica”, es decir, un concepto estratégico de la política exterior, sino la autonomía cultural. Para mantener y fortalecer su propia autonomía cultural, se espera que el diálogo con Europa tenga aún efectividad.

¹⁴ Karl Haushofer, *Die Grossmächte vor und nach dem Weltkriege*, nueva edición del clásico geopolítico de Rudolf Kjellén sobre los grandes poderes, Leipzig y Berlín, Editorial B. G. Teubner, 1933, p. 317.